

# NUESTRA PALABRA

Organo semanario de la Federación de Obreros y Empleados de la Compañía de Tranvías

REGISTRADO EN LA ADMINISTRACION LOCAL DE CORREOS COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE, CON FECHA 6 DE JULIO DE 1923

Epoca 1ª Núm. 27

México, D. F., jueves 27 de diciembre de 1923

6 páginas, 5 centavos

## ESFORCEMOS LA VOLUNTAD PARA SABER REALIZAR LO ACORDADO EN EL CONGRESO

La lucha que en todo el mundo se está llevando a cabo en pro de la libertad humana, ha mucho tiempo hubiera triunfado si cada uno de nosotros se pusiera en el terreno que le corresponde.

Desgraciadamente, no es así.

Muchas divisiones, muchas fricciones, muchas envidias, tienen invalidadas nuestras filas. Esto no es un obstáculo que nos impida seguir adelante, pues así se nos permite distinguir quiénes son unos y quiénes son otros. Caminaremos a paso lento, pero seguro.

Las camaradas de más clara inteligencia, los más instruidos en la lucha societaria, los que por su capacidad intelectual les está encomendado orientar a los trabajadores, nos deben decir:

¿Cuándo lanzamos el grito de rebelión? ¿Cuándo conquistamos por medio de la fuerza nuestro derecho? ¿Cuándo es, pues, nuestra revolución?

Acaba de celebrarse el tercer congreso de la Confederación General de Trabajadores; en él se planteó la situación del obrero mexicano, en él se aprobaron bellos proyectos encaminados al bien del proletariado en general; en fin, quedó hecho el programa que debemos desarrollar en lo futuro.

¿No dormirán el sueño eterno tan bellas ideas? ¿No quedarán nada más escritas en las actas para perpetuar su memoria? ¿Seguiremos predicando a los cuatro vientos nuestros anhelos de li-

bertad sin llegar a emplear procedimientos prácticos para realizarlos? No; creo que ya bastante nos han hecho comprender la idea; ya sabemos por qué vamos a la rebelión.

Los trabajadores que permanecen en la Regional Obrera saben perfectamente que en el seno de ella jamás habrán de conseguir su emancipación, por ser ella una dependencia gubernamental, por constituir un partido político, porque sus directores ya están emancipados, pues disfrutan de prebendas a lo burgués; por esta razón no conviene a sus intereses particulares que la mayoría de los trabajadores que están dentro de ella obtengan libremente, y si éstos están allí es porque las necesidades actuales los obligan a ello.

Por lo tanto, muchos de ellos estarán con nosotros en el momento dado. ¿Qué esperamos, pues, camaradas?

Claro que no vamos a lanzarnos a la lucha armada, pues no tendríamos facilidad de hacernos de elementos de guerra; nuestra arma deberá ser la huelga general, hacer efectiva la acción directa. ¿Qué mejor arma queremos?

Si algunas huelgas han fracasado, es debido a que éstas han sido parciales; no se ha llegado el momento de efectuar la huelga general en todo el país.

Los camaradas capacitados para organizarla deben ir desplegando sus actividades en todo el

país, si es posible en todo el mundo, a fin de hacer algo efectivo para el año entrante. El próximo período debe ser de constante lucha, pero lucha de acción, en la que pondremos en juego toda la fuerza de que disponemos y que puede ser invencible.

Que el gobierno, para reprimir los actos de los huelguistas, mande a sus lacayos, y que vaya construyendo ya mazmorras para cien mil agitadores...

Hay que deslindar posiciones, compañeros: o con la burguesía o con nuestros compañeros de miseria.

Y seamos todos conscientes y responsables de nuestros actos.

No esperemos a hacer más organización. Vámonos de una vez.

O logramos nuestra libertad integral o perecemos por inútiles y cobardes!

José T. GAONA.

## DISCIPLINA Y OBEDIENCIA

Todos los dirigentes apelan a la disciplina de sus dirigidos para perpetuar sobre ellos su dirección. La disciplina, es decir, la obediencia ciega, constituye el apoyo de los caudillos y toda su fuerza.

Si las masas se acostumbraran a decidir en sus asuntos por sí mismas, y a tomar sus determinaciones y llevarlas a la práctica, consultando sus deseos solamente, sin sujetarse para na-

da a mandatos de dirigentes, éstos perderían su influencia, su apoyo y su fuerza. De ahí que se procure mantener la disciplina entre los dirigidos, a los cuales se hace frecuentes llamados en ese sentido, tratando de hacerles ver que en la disciplina está la defensa de sus organismos de lucha, la mejor disposición para el triunfo, y que ella indica que deben ser reconocidos los jefes, aceptada su autoridad y obedecidos sus mandatos.

Disciplina no es otra cosa que obediencia. Habiendo quien mande, debe haber naturalmente quienes obedezcan y acepten sin discusión lo que les sea ordenado. El hombre que obedece se anula, pierde su voluntad y se transforma en un simple instrumento que maneja a capricho su dirigente.

Inútil es que los dirigentes pretendan hacernos pasar la disciplina por ellos querida, como coordinación para la lucha, como método, como coherencia en la acción. Para que la disciplina sea esto y no obediencia pasiva, es necesario que la voluntad de los componentes de un organismo cualquiera no sea deprimida, que todo sea disiento previamente, y que no haya, en fin, quien mande ni quienes obedezcan. Y esto no puede ocurrir donde los dirigentes están dotados del poder de hacer y deshacer.

Somos enemigos de la disciplina, pues demasiado sabemos que ella conduce al fracaso de los movimientos, al debilitamiento de la acción y a su negación misma. Los propios privilegiados así lo comprenden, y hacen elogio, porque no ofrecen mayor peligro para ellos, de aquellas organizaciones disciplinadas, obedientes al mandato de sus dirigentes. Saben que el peligro está en la acción del pueblo obrando libremente, según los dictados de su voluntad, y a esa acción es a la que temen.

Lo que provoca la alarma de los privilegiados es la acción indisciplinada del pueblo, su actitud resulta de mandar a paseo a los dirigentes y confiar en sus propias luces para encaminar sus pasos. Que todos los dirigentes sean mandados a paseo, que se desmorone su autoridad y sean deshechas sus órdenes; esto es lo necesario. La obediencia, la disciplina, son la anulación de la lucha. Rompamos entonces el fuego contra ella.

Leed y Propagad  
"Nuestra Palabra"

# Quién Era Beethoven

Me ha parecido útil hacer conocer de todos los anarquistas, la vida de aquel que desde su nacimiento hasta su muerte, en la miseria más grande, ha escrito las más hermosas páginas musicales.

De origen flamenco, nació en Bonn (Alemania), el 16 de diciembre de 1770, de un padre alcohólico, el tenor Jean von Beethoven, y de una sirvienta. No amaba la música; a los cuatro años su padre lo brutalizaba para hacerle aprender el violón y el clavicordio, durante dos horas diarias. A los once años debutó en una orquesta. A los trece era organista.

En 1787, su madre, a quien adoraba, murió arruinada por la tisis. Fue su primer gran sufrimiento.

«Era tan buena conmigo, tan digna de amor, mi mejor amiga!...» Reemplazó a su padre, incapaz de dirigir la casa, al lado de sus dos hermanos, Carlos y Juan.

En 1796, desafiando la suerte, sabiendo lo que quería, persuadido de sus fuerzas, anota en su cuaderno: «Coraje! A pesar de todos los desfallecimientos del cuerpo, mi genio triunfará! ¡Veinticinco años! ¡He aquí que ya han llegado! Los tengo... es preciso que este mismo año el Hombre se revele entero!»

Se decía de él que era orgulloso. Yarnus, que era sobre todo bueno y así lo fue hasta su muerte. Para él, la libertad y la bondad primaban en todo.

Romain Rolland dice de él en el prefacio de «Vida de Beethoven»: «Yo llamo héroes sólo a aquellos que fueron grandes de corazón.» Más adelante agrega: «Se trata de ser grande y no de parecerlo.» Aun más adelante: «Los miserables, los mejores de la humanidad, están entre aquellos.»

Beethoven mismo escribía: «Al bien de los pobres debe consagrarse mi arte. A ninguno de mis amigos le deba faltar nada mientras yo tenga algo. (1818). La sonata op. 106 ha sido escrita en circunstancias apremiantes. Es difícil tener que trabajar para procurarse el pan.»

Estaba en ese momento sin dinero, los vestidos y los botines desahucados! Para ayudar a un amigo necesitado, compone algo y lo arroja con desagrado.

Colocaba la libertad ante todo:  
«Hacer todo el bien posible,  
Amor a la libertad por sobre todo,  
Y ni aunque fuera por un trozo  
No traicionar jamás la verdad.»

Su vida fue de una dignidad y de una independencia soberbias. Hizo sentir a los poderosos la grandeza de su genio. Adolfo Boschot en su libro «Entre los músicos», dice hablando de Beethoven: «La inclinación, el amor de Beethoven por la libertad, su respeto de la dignidad humana, eran característicos de su fiera raza, que ningún poder alcanzó a someter ni dirigir.» Y

más adelante: «Flamenco de origen, el genio de Beethoven fue de una tal magnitud, tan magnánimo, que pertenece a la humanidad entera. El arte no fue para él un simple divertimento; Beethoven hizo servir la música para la expresión de los sentimientos más profundos.»

Creó un momento en Bonaparte, y compuso para él su sinfonía heroica (1804), pero al conocer la coronación, rompió la dedicatoria y gritó violento y lleno de furor: «No es más que un hombre ordinario.»

Criticaba áspicamente los excesos del poder, sus injusticias; no inclinó jamás su inmenso genio, y defendió la causa noble y bella de la emancipación humana.

Los tiempos son duros, la reacción monárquica oprime los espíritus. «La censura me ha muerto—gemía Grillparzer—. Es necesario partir para América del Norte, si se quiere hablar, pensar libremente.»

Pero nada impedía a Beethoven hablar. «La música debe encender el fuego del espíritu.» «Por qué escribo?»

«Lo que tengo en el corazón es necesario que salga, y por eso escribo... La libertad es el progreso, son los fines del arte, como los de la vida entera.»

El poeta Kuffner le escribía: «Las palabras están encadenadas, mas, felizmente, son libres los sonidos.»

Romain Rolland dice de él: «Beethoven es la gran voz libre, la única quizás del pensamiento alemán.» El lo sabía. Muchas veces habla del poder de actuar, que se le imponía al espíritu, por medio de su arte: «... por la pobre humanidad»—«por la humanidad del porvenir.» «Nuestros tiempos—escribía él a su sobrino—tienen necesidad de espíritus robustos que sacudan a esas almas humanas mendicantes y miserables!»

De una exquisita sensibilidad, le angustiaban los ajenos sufrimientos y le atormentaban las injusticias y los abusos del poder. Su vida es una larga serie de dolores, físicos y morales.

Desde 1795 comenzó a sentirse sordo, y es fácil imaginar la pena de este hombre, herido en sus más puras alegrías y luchando para ocultar su enfermedad.

Sus dos mejores amigos (Amenda y Weyler) no lo supieron hasta algunos años más tarde; a uno de ellos escribía: «... como debo vivir tristemente, evitar todo lo que más amo y me es querido, y esto en un mundo tan miserable y tan egoísta...»; al otro decía: «... Resignación! qué triste refugio! y sin embargo, es el único que me queda.» Sus obras de 1799, expresan esta profunda tristeza.

En 1802, Giullietta Quicciardi, a quien ama y por quien sufre, se casa con el conde Gallenberg; de él habla Beethoven así: «Era mi enemigo y es

esa, justamente, la razón para que yo le hiciera todo el bien posible.»

El mismo año escribió las obras siguientes: op. 26, op. 27, op. 31, op. 30, 47 y 48, que se expresan en tres palabras: Salud! Amor! Esperanza!

Quería vivir. «Estan hermosos», decía. En 1810, el amor abandona nuevamente a Beethoven. Teresa de Brunswick ama su raro genio, al gran artista, al hombre bueno... pero, durante muy poco tiempo.

Esta vez, fue mortalmente herido, y escribía: «Sumisión, sumisión profunda a tu destino; tú no puedes existir más para ti, sólo para los otros; para ti no hay más felicidad que tu arte.»

En la historia de la música, A. Lavoix (h), dice del genio de Beethoven: «Yo no sé, pero jamás el pensamiento humano ha hallado en la música un lenguaje más sublime para expresar la lucha hiriente, punzante, del hombre, contra el abatimiento y la desesperación.»

En noviembre de 1826, le ataca un enfriamiento pleurético... 26 de marzo de 1827, triste día; una tempestad de nieve cae sobre Viena; el trueno retumba a cada instante. Qué tonalidades discordantes! Mientras, en una misera pieza, Beethoven, en cama desde hace tiempo, aguarda la muerte, con la esperanza de vivir... Todavía la nieve, un estrépito de trueno, y Beethoven ha muerto!

Esta vida es un ejemplo claro de decisión, de fe y de grandeza moral.

SAM.

(De *Le Libertaire*, de París.)

## No Nos Dejemos Arrastrar Por la Política

Quando la lucha es cruel y los sufrimientos grandes, la victoria será brillante. Permaneciendo fieles a nuestras ideas, obtendremos de seguro la victoria. Nuestros enemigos, desapegados al ver que no oímos sus cantos de sirena, tendrán que abandonar el campo y dejarlo libre para el desarrollo de nuestras ideas de libertad.

Mientras tanto, nosotros tenemos que preparar mejor el ataque, porque aunque quieran fingir calma, en su interior comprenden que nuestra venganza está próxima y será terrible, porque tarde o temprano, el peso de la justicia tendrá que caer sobre su lomo de vaqueta y los flagelará en premio a sus bajezas.

En estos tiempos en que los políticos se agitan en todas las partes de la república, predicando cosas muy buenas para el trabajador, y en que las «cratas» de la «unión sindicalista» procuran solapadamente arrastrarnos a que tomemos parte en dicha política, es cuando debemos arrojarlos como

algo que corrompe a las organizaciones obreras, pues la política será siempre un obstáculo a nuestras aspiraciones.

Dejémoslos que se hagan pedazos unos con otros y que se dominen ellos mismos, sin que nosotros tengamos que hacer el papel de borregos, como sucede a los que se han ido a inscribir a la cueva de ladrones.

El monstruo que se llama política ha extendido sus tentáculos para aprisionar trabajadores inconscientes; no nos dejemos coger, porque será tanto como hacer con nuestras propias manos una soga para ahorcarnos. Hay que tener en cuenta que de los gobiernos no saldrá nada en beneficio para los trabajadores; la experiencia de muchos años así nos lo ha demostrado, pues lo mismo que Díaz, Madero, Huerta, Carranza y Obregón serán todos; basta que sean gobernantes para que sean tiranos.

Por tal motivo, esta vez procuremos no servir más de escalón; dejémos ese papel para los ignorantes como los de la Regional y para los sinvergüenzas como los de la Unión.

VICTOR PEDRAZA.

## Indiferencia Cívica

Es común en los socialistas lamentarse de la indiferencia cívica de una gran parte del pueblo hacia la política. A falta de conciencia la atribuyen ellos, y quieren achacarle, como su consecuencia, los abusos del poder. Dicen, y dicen mal, que a mayor indiferencia corresponde una mayor disminución de libertad.

Al revés de lo que afirman los socialistas, nosotros consideramos estar más cerca de la libertad, cuanto más nos alejamos del Estado, cuanto mayor es la indiferencia del pueblo hacia el juego de la política. Por lo menos, mientras el pueblo no sea capaz, frente al Estado, de anularlo, no está mal que le vuelva la espalda, que no se preste a hacerle el juego, que lo mire, en fin, con indiferencia, pues hasta ésta, también, es acción contra el Estado, aunque negativa.

A cada tropelía del gobierno, clamamos los socialistas contra la indiferencia popular, que no presta su apoyo a un partido como el suyo, que de contar con ese apoyo, sería en el gobierno una fuerza evitadora de muchos de los males y abusos que hoy se sufren. Pero lo único que sería, como lo es ya, en todo el mundo, es una fuerza para asegurar la perpetuidad del mal, su continuo remozamiento.

Bien está, pues, el pueblo en su indiferencia. Bien está que le vuelva la espalda al Estado y no se preste al juego de su política, hasta aquel día en que, ante una conciencia nueva, no ya indiferente sino revolucionario, le eche mano al Estado para destruirlo. Mientras tanto, cuanto más lejos de él tanto más cerca estaremos de la libertad, en cuyo camino se encuentran todos aquellos que se alejan del Estado.

# EN LA LIBERTAD Ideas de Emancipación de ESTA LA VERDAD los Trabajadores

Toda vez que a un intelectual se le censura su falta de firmeza, su volubilidad en las ideas, que lo han llevado del extremo en que se encontraba en sus primeros tiempos de juventud y desinterés al extremo en que se encuentra ahora de acomodo y aprovechamiento, ocurre que quiere hacer mérito de esas fallas, presentando la falta de firmeza como inquietud espiritual, y la volubilidad en las ideas como movilidad de espíritu, siempre abierto a las sugerencias de un pensamiento superior. Y cuando se oponen a sus ideas reaccionarias de hoy sus ideas avanzadas de otro tiempo, señalando el vuelco completo de ellas, todavía pretende coger en contradicción, como lo hace Lugones, a los que, siendo hombres libres, antidogmáticos y partidarios del libre análisis, censuran esa claudicación. Como si el reniego de la libertad y la conversión a la causa de la reacción y la dictadura pudieran escudarse en el libre examen; como si se pudiera justificar esa inversión por el hecho de que las verdades que aparentaban ser más firmes en la física del mundo y los propios conceptos matemáticos hayan pasado!

No hay verdades absolutas—se dice—. Lo que hoy es verdad mañana será mentira. Y de aquí se quiere inferir esta consecuencia, que es el abjeto de todos los que están faltos de firmeza en sus ideas: No se puede tener opiniones fijas.

Si, ya sabemos; las verdades científicas que parecieron más firmes han cedido en su solidez, y ante nuevas experimentaciones otras verdades han ocupado su lugar. Pero con esto la ciencia se robustece y nadie pretende, a causa de las nuevas comprobaciones, tomar partido por el obscurantismo y la ignorancia. Dígase lo mismo de la libertad, y se estará en lo cierto. Ante los nuevos experimentos sociales, verificados sobre todo en Rusia, comprobadores de la falsedad y el fracaso de los principios bolcheviques, no es la causa de la libertad, que esos principios decían falsamente servir, la que ha mostrado su fracaso en la práctica, sino solamente esos principios. Como, de igual suerte, no es la ciencia la que fracasa cuando se comprueba la falsedad de ciertas verdades tenidas como científicas. La ciencia como la libertad, lejos de ser negadas y debilitarse por esas comprobaciones, se afirman y robustecen.

Hay opiniones absolutas, verdaderas, y el tiempo, con sus cambios sucesivos, y la inteligencia humana, con su actividad constante, no hacen más, a través de los siglos, que añadirle comprobaciones nuevas. La opinión que sostiene la libertad es una de ellas, la más firme y mayormente compro-

bada y robustecida a cada paso por los hechos.

En ningún tiempo ha podido negarse que las sociedades autoritarias son malas, pues todas las operaciones del pensamiento y la realidad de los acontecimientos acumulan elementos comprobadores de este aserto. Y la tendencia humana, perseguidora de la verdad y el bien, polariza, desde el fondo de los siglos, todos sus esfuerzos hacia la conquista de la libertad. Ahí está la historia, con la multiplicidad de sus hechos, para probarlo. A través de las épocas y de los distintos estadios sociales, el avance de la tendencia humana se ha ido manifestando, paulatinamente es cierto, pero no por eso menos firme y comprobadora, en el decrecimiento del poder de la autoridad y el aumento de la libertad.

En la libertad está, pues, la verdad. Y la anarquía, por lo mismo que encarna la tendencia humana haciendo de la libertad su ideal, es la verdad también. Verdad madrugadora que se aparece en los días, limpia de dogmatismos, abierta a la fecundación de todas las ideas superiores, enriquecida a cada paso por mejores valoraciones y robustecida por comprobaciones nuevas. Verdad de hoy y de siempre, verdad connatural al propio destino humano, verdad eterna.

Por eso, porque la libertad es la verdad eterna y de ella está animada la anarquía, es que tenemos ideas firmes, es que somos, como dicen los que quieren hacer de su volubilidad su mayor mérito, esclavos de nuestro ideal. Por estas esclavitudes voluntarias es que la humanidad marcha, progresa el mundo, se mejora el hombre.

Somos esclavos de nuestro ideal porque todo el enriquecimiento progresivo del espíritu, la dignidad del pensamiento, que sufre sosteniendo la mentira, y las propias comprobaciones de la realidad, robustecen nuestra convicción. Pero nuestro pensamiento, por lo mismo que ama a una verdad madrugadora, no es inmutable, fijo, hermético, sino que se eleva con todas las concepciones grandes, remonta el vuelo siguiendo la airosa línea de las ideas luminosas y buenas, pues que todavía no ha sido trazada la geografía del mundo de las posibilidades. Pero hay verdades madre y verdades menores. Estas cambian y con ellas también que trocensamiento, en parte. Pero así la idea, la verdad madre. Esta es la libertad, y nuestro pensamiento le permanece eternamente fiel, con la firmeza que se merece lo que contraría la tendencia humana.

Pero nuestro culto a la libertad no se manifiesta en la adoración extática, sino en su cultivo entre los hombres, en su difusión sobre la tierra.

(De *La Antorcha*, de Buenos Aires)

Las clases trabajadoras, que por mucho tiempo eran villanamente explotadas y postergadas por la burguesía, que mancomunada al clero constituían un poder indestructible, ya que, por ende, tenían el sostén de un gobierno emanado de la reacción, han iniciado una era de lucha social para lograr el triunfo de sus ideales emancipadores. El proletariado no fue más que una masa anónima, un conglomerado de individuos a quienes nunca se les dejaba la libertad de pensar, y ni siquiera la de reclamar sus derechos, basados en la más recta justicia; pero el resplandor de una aurora de libertad vino a iluminar el suelo del trabajador y a indicarle el sendero más seguro para satisfacer sus sanas aspiraciones y su verdadero lugar dentro del orden social. Entonces se hizo necesario un cambio radical en el estado de cosas, una revolución eminentemente social en que el proletariado comenzó a darse cuenta de que el mejor modo de luchar contra el capital, era agrupándose sólidamente para poder presentar únicamente un solo frente, y establecer el campo societario contra la absorción burguesa. Desde entonces comenzaron a organizarse las ligas de resistencia, sindicatos, federaciones, etc., constituidas por elementos laborantes, y fue cuando éstos comenzaron a comprender lo que significaba la ayuda colectiva; si la tierra, el gran don de que nos dotó la naturaleza, no es el patrimonio de unos cuantos favorecidos, sino por el contrario, es para el que la trabaja, ¡por qué, pues, la obstinación de los terratenientes para seguir apropiándose de ella!... Esto fue lo que al proletariado, al sentir el espectro del hambre y la miseria, lo hizo pensar. Fue cuando el gran «pólipo capitalista», al observar el despertar de los desposeídos y eternamente vejados, pretendió esgrimir la razón de las leyes y la justicia divina. Algún escritor ha dicho: «No puede haber un dios para los pobres y una ley para los proletarios»... y esto es lógico. Si el individuo que trabaja en los talleres, en los campos, en las minas; si es herrero, carpintero o labriego, no puede tener otros derechos y aspiraciones que el holganzán que derrocha a manos llenas el corrompido oro reunido a costa de esfuerzos y sacrificios del trabajador; pero a pesar de esto, el burgués creyó que con las leyes y la justicia de Dios, podría una vez más continuar en su oprobiosa explotación, ¡cuán equivocado estaba!, porque entonces las masas trabajadoras, no respetando más autoridad y voz que la de la verdadera justicia, comenzaron a sacudir el férreo yugo de la dictadura capitalista.

Este es el prólogo de la revolución

social, de la lucha de clases que seguramente debe cobrar al elemento laborante en el legítimo lugar que le corresponde.

RUBÉN DARÍO DOMÍNGUEZ.  
(Continúa.)

## QUIEN NO LOS CONOZCA, QUE LOS COMPRE

Verdaderamente es preciso haber perdido por completo la vergüenza, para hablar como lo hacen los pillos de la «unión», quienes olvidando que son una asquerosa mancha en la nascente historia del proletariado de México, se atreven a hablar de honradez, cuando su director y consejero es un ladrón; se atreven a hablar de ideas libertarias, cuando es el servilismo la norma de su conducta, y, por último, se atreven, descarados, a hablar de honestidad y abnegación, cuando son capos, pues así lo han demostrado, de vender a su propia madre por tal de verse dueños de un puñado de monedas.

Su descarado rayo en lo inaudito. Aseguran estar estimulados por las organizaciones obreras del Distrito Federal, para que continúen en su «beneficaz» labor, publicando su pasquín en la forma en que ahora lo presentan, siendo así que no hay un solo trabajador de algún sindicato obrero que pueda ver con calma, sin irritarse, a estos monstruos de maldad, siempre dispuestos a las mayores bajezas.

Dicen también que sostendrán con el precio de cinco centavos el inmerecido papulucio que han dado en llamarle «el sindicalista», cuando en realidad no se han atrevido a vender un solo ejemplar por temor a que los linchen (tanta es la estimación que se les tiene).

Además, para todos sigue siendo un verdadero enigma el sostenimiento de dicho pasquín. Nadie sabe cómo se sostiene, pues lo siguen regalando. Todos ignoran de dónde proviene el dinero con que lo pagan, porque suponiémos que no se les hará de balde. ¿Cómo, pues, pueden publicarlos si no dónde sale el dinero!

Preguntas son estas que hace mucho tiempo hemos venido haciendo, sin que ninguno de los de la pandilla pueda contestarlas.

La Compañía de Tranvías bien supo la clase de gente que escogió. Les escogió rastrosos para que a todo se avinieran. Les escogió «muertos de hambre», para que rompieran la huelga. También los escogió vividores para

que «solitos» se ayudaran estafando a los trabajadores, y los escurrió «ladrones» para que dejaran la Tesorería de la Federación en la miseria.

Y sin embargo, dicen ellos que nos vienen a redimir, cuando su principal misión, para lo que los tienen alquilados, es para estancar las aspiraciones de libertad de los trabajadores, pues con poca diferencia hacen lo que los curas, que predicán la paciencia y la mansolumbre.

Pero, afortunadamente, los trabaja-

dores bien comprenden que todo eso no es más que una ridícula farsa que pronto tendrá que terminar.

No permitamos, pues, que la labor de estos aventureros llegue a tener cabida en el ánimo de los compañeros. Contestémosles siempre con el desprecio, como hasta ahora lo hemos hecho, para que, si aun tienen vergüenza, se retiren a sus respectivos rincones, a roer su «chueso», fruto de su traición.

Jesús MENDEZ.

## REFLEXIONES

Todas las cosas, desde las más pequeñas hasta las mayores, cuando se convierten en sistema se tornan malas, perjudiciales. La sistematización de cualquier ejercicio, de cualquier actividad o medio, abarque el radio de acción que quiera, mayor o menor, da resultados contrarios al beneficio que de su empleo se espera, cada vez que se consagra como recurso único, indispensable y decisivo.

Determinados procedimientos arrojan brillantes resultados en ciertas especiales circunstancias, porque entonces consultan la satisfacción de las necesidades que exigen su presencia; pero esos mismos procedimientos, empleados sin tasa ni medida, sin ton ni son, desaparecidas las causas que los engendraron, pierden todo su valor, y sus consecuencias, lejos de ser justas, se convierten en injustas.

Y es que todo lo que se consagra es arbitrario, anti-natural. La asociación de causas es distinta todos los días; una infinita variedad de cosas que continuamente aparecen y desaparecen en resuelto torbellino, deben su existencia, más o menos efímera, a una diversidad de factores cuya vida depende tanto de la acción anterior de otras causas madres como de la acción que arrojan en el plano en que se desarrollan.

Lo que se llama tradición es lo ahogado por el tiempo; las instituciones, cuyos principios descansan en la consagración de los siglos anteriores vividos, la moral, la religión, todo eso no deja de ser arbitrario y antinatural. Nuestra crítica a todas esas cosas, inspirada en un fondo de verdad y de justicia, consultando las necesidades del pueblo, sus aspiraciones, sus luchas, sus ideales, eminentemente racional, no es otra cosa que imperativo categórico de los tiempos que han decretado la liquidación total de toda sistematización, de toda cosa que quiera construirse sobre la base falsa del respeto de las necesidades de una época, injustamente trasladadas a ser condición de vida de nuevas épocas.

Empero, dentro de nuestras cosas, en el interior de nuestra vida, la idea de la sistematización ha dejado una

honda huella. ¡Cuán deficiente es trabajar, aun dentro de la colectividad revolucionaria, la destrucción de esta herencia abandonada por los siglos!

Hay en nosotros también ciertas disposiciones que a consagrar la tradición, a venerar ídolos, a construir santuarios para cosas muertas, a levantar, dentro del pecho, cosas que se miran como sagradas y a las cuales no puede tocarse sin que los demás se irriten por la profanación que los iconoclastas hacen de lo que ellos veneran.

Contra esta tendencia de sistematización de hombres, de instituciones, de obras, estamos nosotros los anarquistas, fieles intérpretes de este principio de libertad que desgarró el sagrario de todos los tabernáculos y reduce a polvo los pies de barro de todos los ídolos.

Esto no quiere decir, no significa que haya un celo extremado por destruir todo lo que se levante y que no se reconozca la bondad de lo que, trabajándose, arroja resultados beneficiosos. Pero esto no vivirá nadie de opinarse y manifestar en una forma libre y desinteresada — en el supuesto caso de que se llamen intereses a los de la propaganda — lo que a juicio de cada uno parecen los actos de los demás.

Si defendemos el derecho a ejercer la crítica sobre todo lo que nos rodea, este ejercicio hemos de aplicarlo también a nuestras cosas especialmente, ya que el establecimiento de límites a los derechos de cada uno no dejaría de ser torpe y absurdo.

No hay, no deben existir para nadie, intereses superiores a los de la verdad. La causa de la revolución se sirve, por sobre todas las cosas, siendo fiel, elementalmente, a esta condición, ya que el triunfo de las ideas no está en el mantenimiento de una unidad de secta aparente, exterior, sino en una verdadera unidad de hombres que interpretan fielmente los postulados cuyos principios diariamente exponen.

Y así pensando creemos que las armas que diariamente emplean, no pueden sistematizarse tampoco. El empleo sistemático de la violencia, del terrorismo, pierde su valor para degenerar, a la postre, en una batalla de reducidos méritos, en donde los sacrificios no

compensan los resultados prácticos, y los hombres, consumidos por la fiebre de engorrosos heroísmos, van lentamente alejándose de los principios básicos de doctrina para dar curso al despertar de los instintos que dominan en ellos.

Otra cosa igual sucede con el sistemático empleo de la acusación y los dictámenes públicos que absuelven a unos o condenan a otros. Esos tribunales colectivos de juicio a la postre degeneran también en Consejos de modernos inquisidores, reviviendo ese espíritu que inspiraron las trágicas resoluciones de los Santos Oficios pasados.

Estas cosas, que en oportunidades parecen como únicas medidas indispensables frente a casos excepcionales, al correr del tiempo señalan procedimientos que si fueran consagrados como sistema tendrían que ser combatidos a fin de evitar males mayores, una guerra de justicia que al final tornaría en instrumento de arbitrariedad e injusticia.

No. Cualquier cosa sistematizada, grande o pequeña, es mala. Contra el cultivo de lo que abona la práctica y sanciona el tiempo estaremos, en nuestro afán de perpetua renovación.

M. ANDERSON PACHECO.

## LAS MAQUINAS

Si las máquinas, en vez de estar en manos de los burgueses, lo estuviesen en las de los trabajadores, serían la causa principal del bienestar humano; de hecho, la máquina no hace sino trabajar por nosotros y más rápidamente. Por medio de ellas, el hombre no tendrá que trabajar horas y más horas para satisfacer sus necesidades. Si las máquinas fuesen aplicadas a todos los ramos de la producción y pertenecieran a todos, se podría con pocas horas de trabajo ligero, sano y agradable, satisfacer todas las necesidades del consumo, y cada obrero tendría tiempo de instruirse, cultivar las relaciones de amistad, en una palabra, vivir y gozar aprovechando todas las conquistas de la ciencia y la civilización; así, pues, recordadlo bien: no se necesita destruir las máquinas; se necesita apropiárselas. Y, después de todo, tened presente esto:

Los burgueses defenderán sus máquinas, o mejor dicho, harán defenderlas, tanto contra quien quiera destruir las, como contra quien quiera tomar posesión de ellas; teniendo, pues, que hacerlo de todos modos y correr los mismos peligros, sería una locura destruir las en lugar de quitárselas.

¡Destruiréis el grano y las casas, si en su lugar encontraréis el medio de que fueran de todos!

Seguramente que no.

Pues, igual debe hacerse con las máquinas, porque éstas, si en manos de los burgueses son la miseria y la esclavitud nuestra, en manos nuestras serán, al contrario, la riqueza y la libertad de nosotros los explotados.

ENRIQUE MALATESTA.

## NUESTRA PALABRA

ORGANO DE LA FEDERACIÓN DE OBREROS Y EMPLEADOS DE LA COMPAÑÍA DE TRANSMISIONES DE MÉXICO, ADHERIDA A LA CONFEDERACIÓN GENERAL DE TRABAJADORES

Se publica el jueves de cada semana

OFICINAS:

SAN JUAN DE LETRÁN, 34  
(Segundo piso)

Teléfono Ericsson 90-70

Administrador:

Jesús Méndez

Dirección: Apartado postal 1056

## LA REACCION

Estamos en pleno periodo de reacción autoritaria.

La enfermedad terrible que corroe el organismo social y tiene por origen el cáncer del autoritarismo y la lepra de la codicia, ha entrado en su crisis aguda, y las virulencias que despiden cargan el ambiente social de miasmas deletéreos que amenazan la vida de la especie.

Se ha llegado a una subversión casi total de los valores humanos, y cegados los hombres por el más funesto de los errores, el de la falsa suficiencia basada en la ignorancia común, llegan éstos a la ejecución de actos que redundan no sólo en perjuicio de los que los rodean, sino de sus propias personas, amontonando en el camino a recorrer para la conquista de la felicidad, ese supremo desiderátum del corazón, montañas enormes de obstáculos poco menos que insalvables.

No parece sino que la sombra nihilista que nos circunda, hubiera apagado la luz de la razón en nuestra inteligencia, que ya no nos sirve sino a muy pocos para hallar el camino de nuestra propia salvación.

Engañados en este caos de las conciencias por un falso espejismo, los espíritus simplistas creen encontrar en las propias armas de los más irconciliables enemigos el recurso supremo para combatirlos, sin darse cuenta de que no hacen otra cosa que consolidar su dominio.

Este fenómeno, inexplicable a simple vista por lo contradictorio, es, sin embargo, la resultante lógica de factores espirituales que orientan los actos y hasta las voliciones de aquellos en quienes se produce.

Es que en el fondo no se diferencian, más aún; se identifican en espíritu con aquellos a quienes aparentemente tratan de combatir.

Los que diciéndose partidarios de la

libertad humana en su más alto grado, aceptan y no sólo aceptan, sino que propagan regímenes autoritarios para asegurar el ejercicio de la libertad—tal los sedicentes anarquistas partidarios de «la dictadura proletaria»—, conspiran, consciente e inconscientemente, contra ese supremo anhelo de nuestros corazones.

No se puede ser a un tiempo autoritario y libertario, enemigo de la libertad y defensor de ella.

Es por eso, mal que les pese a ellos mismos, que de todos los sectores ideológicos, que tienen como médula de su doctrina la idea de gobierno, o, lo que es lo mismo, el principio de la dominación del hombre por el hombre, arveca más cada día el ataque al anarquismo y sus militantes, porque comprenden que sólo las ideas anarquistas constituyen un peligro real y duradero para todo sistema autoritario, ya que van directamente contra la idea común que les da origen, el principio de autoridad.

Por eso los que hoy detentan en sus manos el poder de la fuerza pública, desencadenan contra las ideas anárquicas todo el furor de su odio, traducido en ataques brutales contra sus propagandistas, y aquellos que esperan reemplazar en el poder a los actuales gobernantes, esto es, los comunistas y los pseudanarquistas dictatoriales,

lanzan contra los anarquistas las flechas envenenadas de la difamación y la calumnia.

Por un lado los poderes constituidos llevan a cabo en todas partes una campaña punitiva contra los anarquistas por medio de sus órganos de opresión, en tanto que los simuladores de un ideal que no sienten ni aman, completan la obra de los enemigos de la libertad cubriendo de oprobio a sus propias víctimas con la aviesa intención de desprestigiar sus ideas, sin darse cuenta de que éstas han de triunfar tarde o temprano, porque de su triunfo depende el porvenir de la especie.

(De Trabajo, de Montevideo.)

## Son Infalibles los Jefes de Línea?

Al compañero administrador de NUESTRA PALABRA.

SALUD!

Agradeceré que por medio de ese semanario, dé a conocer a todos mis compañeros lo que a continuación expongo, para que cada uno de ellos comprenda las injusticias y vejaciones a que todos estamos expuestos por parte de la Compañía de Tranvías.

El caso es el siguiente:

Los jefes de línea ambulantes Rocha y Rivera, obrando en una forma arbitraria y sin investigación alguna, recogieron los boletos a unos pasajeros que viajaban en mi carro, creyendo tal vez que no iban bien despachados, y sin decirme una sola palabra ni preguntarme nada a los pasajeros, se los llevaron.

A consecuencia de esta, fui llamado a la superintendencia y de allí enviado con el licenciado Orvañanos, el cual me hizo firmar la renuncia de mi empleo.

Tan poca importancia di al asunto de los boletos, y tan seguro estaba de no haber obrado mal en ningún sentido, que casi había olvidado aquel incidente, por lo que me extrañó sobremanera la determinación de la Compañía con respecto a mi persona.

Con actividad me dediqué entonces a poner en claro este asunto, para lo cual vi a todos los altos empleados de la misma Compañía, al mismo tiempo que dirigí a Mr. Conway una carta, en la que le explicaba que los mencionados jefes de línea, sin cerciorarse de la manera como iban despachados aquellos boletos, ni de haberme hecho ninguna pregunta, me reportaron, diciendo que aquellos boletos eran revendidos.

Pero no obstante haber hecho todas

estas gestiones y haber escrito al gerente, el cual ni siquiera me contestó, así como haber corrido otros muchos trámites, logré que me devolvieran mi trabajo.

Por lo que pongo esto en conocimiento de todos mis compañeros, para que vean hasta qué grado de opresión hemos llegado: de que lo que los señores jefes de línea digan, no tiene ya apelación ninguna.

LUCIANO ISLAS.  
Conductor 4830.

La revolución no tomará carta de naturaleza en el universo, mientras las técnicas no apoyen las santas aspiraciones de los irredentos. Deber nuestro es darles la sensación de que sabemos comprender y que estamos capacitados para, de común acuerdo, hacer obra constructiva.

Desde siglos ha que la humanidad ha reconocido más respetable la vida de los seres humanos que la de los animales, y, sin embargo, la burguesía condena a morir de hambre a los trabajadores. ¿Es justo? ¿Es humano?

La violencia es el eterno recurso de los que se sientan en el trono de la iniquidad para gobernar. La violencia es también el argumento de los ineptos, de los que no tienen problemas nuevos que ensayar.

## Biblioteca de NUESTRA PALABRA

tarde contrariada por la brutalidad gubernamental, y llegó a la noble strada por aquella ofensa.

Los cafés estaban cerrados, la Sociedad de Camareros había acordado solemnizar la Fiesta del Trabajo y ni uno solo faltó al acuerdo; no circulaban tranvías, omnibus ni carruajes de ninguna clase, la Sociedad de Cocheros se mantuvo firme y unítime en el concierto obrero universal, y los cocheros domésticos descansaban porque sus burgueses no se atrevían a salir en coche; los teatros habían anunciado función para aquel día, pero los tramoyistas, carpinteros, acomodadores y demás gentes proletarias que no llega a la categoría de artista, no se presentaron, y las empresas corrieron los desechos de billetes y pusieron el cartelito anunciando la suspensión.

Las calles estaban dominadas por civiles, municipales y policíacos, y sólo circulaba corto número de transeúntes, en los que pasaba rozándose que sólo la urgencia de alguna comisión importante los impulsaba.

Los círculos, centros y casinos estaban cerrados: en ninguno había dependientes para el servicio, y en vista del aspecto que habían tomado las cosas, probablemente tampoco habría habido concurrentes.

El movimiento de ferrocarriles no llegó a interrumpirse, aunque estuvo en inminente peligro de ello, pero gracias a importantes concesiones hechas por las compañías a la Unión de los trabajadores de ferrocarriles, mencionadas previamente por las comisiones de los diversos centros obreros nacionales, pudo conjurarse el conflicto.

Nólo dos clases de asalariados funcionaron aquel día, los que viven a la sombra de la autoridad y de la religión, y esto es lógico que sucediera, ¿qué tienen que ver con el trabajo los que viven sin trabajar, y cuya misión consiste, por el contrario, en hacer que los otros trabajen por la fuerza o por la astucia?

En el seno de las familias se comentaban los sucesos del día; en las proletarias los hombres se hallaban poseídos de un sentimiento

## JUSTO VIVAS, Novela por ANSELMO LORENZO

Vinieron luego los tejedores, siguieron los zapateros, a continuación aparecieron los tipógrafos, los sastres, y por último todas y cada una de las sociedades obreras, cerrando aquella improvisada procesión la Sociedad de Carpinteros, en cuyo seno vimos a nuestro amigo Justo Vivas.

El entusiasmo iba en aumento, los aplausos atronaban el espacio y la emoción dominaba a todos, lo mismo a la gente que se apiñaba en las calles que a la que ocupaba los balcones, donde las señoras agitaban los pañuelos saludando a las sociedades de trabajadores que transitaban, como si la idea de igualdad impregnase la atmósfera y su influencia subyugase a todos.

Cuando ya no podía esperarse nada que aumentase la alegría y el entusiasmo dominante, hubo un importante detalle que puso el colmo a tan agradables sensaciones: los trabajadores del campo de las inmediaciones, aunque no estaban asociados, tuvieron la inspiración de reunirse los de varios pueblos y presentarse corporativamente en la ciudad precedidos de un rojo estandarte. Su aparición fue acogida con un inmenso clamor. Ya no era alegría y entusiasmo lo que se sentía; era algo que tomaba un carácter indefinible, y que si hubiera sido posible darle un nombre por medio de un plebiscito, de fijo hubiera sido recogido unánimemente con el nombre de la felicidad.

En lo dicho que no hay felicidad duradera, triste afirmación que se comprueba por la experiencia respecto del pasado y del presente, aunque sólo los pesimistas tengan la osadía de hacerla extensiva a lo porvenir, y respecto de la alegría ocasionada por la Fiesta del Trabajo, pronto empezaron a notarse los síntomas de la negra reacción.

Un fuerte piquete de soldados a caballo apareció en la principal avenida que conduce a la plaza central; numerosas patrullas aumentaron a recorrer las calles y grandes destacamentos de tropas se situaron en diversos puntos: la consigna pareció que era efectuar el inmediato despejo y dejar libre la circulación, a juzgar por las

## INTERNACIONALISMO

Generalmente, los nacionalistas—y los capitalistas lo son todos—son en el orden material, económico, financiero, industrial y comercial, los internacionalistas más furibundos. En cambio, el internacionalismo espiritual e ideológico los saca de quicio. Un internacionalismo incompleto, contradictorio, que no tiene más que un lado material, convencional y que es rabiamente antitético al internacionalismo, en cuanto a idiomas, relaciones, pensamiento, respeto y tolerancia recíprocos, no puede ser más que un internacionalismo de bandillaje y de rapiña, de canibalismo y de inhumanidad. Bajo la pompa, la parada y el boato de las fiestas de concordia, de compañeración y de fusión que celebran las cancillerías, los protocolos, las embajadas, síntese el hervor de las concupiscencias, de las odiedades, de los apetitos y de las exaltaciones de todos los atavismos y de todos los odios cerrados en falso en una inmensa llaga espiritual. El negocio es el negocio. ¡Qué importa la bolsa con el pensamiento! Son nacionalistas rabiosos, «enragés» irascibles.

Ni siquiera admiten los términos científicos o modernos del léxico universal.

No se admiten las innovaciones que vengan del extranjero como no sea una moda especial para que el «snobismo» la aproveche. Ahora bien; en cuanto afecte a la cuestión económica, financiera, industrial o comercial, el nacionalista se transforma en internacionalista apasionado. Que la patria se hunda, que baje la moneda del país, que hay una crisis agrícola o industrial que siembra la miseria en el pueblo. ¡Y qué! ¡Qué les importa a nuestros nacionalistas! Ellos colocan sus capitales en el extranjero, exportan allí lo que es de primera necesidad al interior y obran como si en aquel momento se tratase de un agente del extranjero en lucha contra su propio país.

En el capitalista hay dos seres que conviven perfectamente en uno: el nacionalista y el internacionalista. Pero estos dos seres tienen un idéntico espíritu: el egoísmo. En el interior dejando lo suyo y en el exterior también, sino que como sería burdo y feo decirlo así, afirma que es internacionalista o que es amante de aquel país donde tiene colocados sus millones, su industria o su comercio.

### IMPRENTA MUNDIAL

7a. Rosa, 182 - Tel. Eric. 131-26 - México

## PLEBEYAS

Merecer la misericordia de los hombres es más afrentoso, para la dignidad humana, que hacerse mercedor de cualquier castigo.

Cifro yo más esperanzas en un criminal que en un pordiosero. Aquel que se resuelve a pedir sin haber pensado primeramente en el crimen una sola vez siquiera, no tiene su corazón bien templado. Lo magnánimo, lo beneficiante y lo pródigo cantinan por entre inútiles. La justicia cae sobre pecados, es decir, sobre fuerzas; y la caridad se derrama sobre vilezas, esto es, sobre impotencias. Lo pecaminoso es lo malo profesado en cierto grado de inconsciencia, y lo vil es aquello que se arrastra, porque así quedó escrito. Se castiga a los caídos, para que se levanten y sigan, y se acaricia a los incurables, para que mueran tranquilos. El vicioso, el malvado, el intemperante, no son todavía desgraciados; pero están en camino de serlo o lo son casi, y cuando se haya agotado en ellos la última fuerza productiva de su propio bienestar, lo serán del todo. Lo más horrible que se pueda merecer entonces es la caridad; porque la caridad se deposita sobre la desgracia, y la desgracia yace tan abajo, que hasta los vi-

cios mismos se agitan sobre su cabeza y descienden a ella. Huid, sí, de hacerros objeto de cualquier misericordia, como si huýeseis del infierno.

Una mano que implora: he ahí la más innoble de las actitudes humanas, y el único espantoso trabajo que no deberíais verificar jamás!

La caridad humana es una matrona que amamanta hijos ajenos a sus propios pechos, para que no se acaben los lacayos. Ella deja sobre la frente de los que la reciben un estigma indeleble, que no redimirá enteramente ni la corona del imperio universal mismo. Cultiva sus laureles con abono de miseria. Pisa sobre corazones agraciados. Navega en río de lágrimas que no ha derramado. Se nutre del dolor sin padecerlo. Es el cuervo blanco de la desgracia.

Como no se desprenden espontáneamente de la rama sino las hojas secas, no se desesperan más que los impotentes ni se matan más que los inútiles.

ALMA FUERTE.

### Biblioteca de NUESTRA PALABRA

repetidas órdenes dadas a la multitud acompañadas de amenazas y brutales maneras.

Aquella multitud que se entregaba a inocentes expansiones fue insultada por la brusca aparición de la fuerza pública, y así como todo el que recibe la sensación de una contrariedad en el momento que experimenta las dulzuras del placer, no puede menos de expresar su disgusto por una manifestación, que puede ser un gesto, una exclamación o una palabra, la muchedumbre prorrumpió en un rumor de desaprobación que en ciertos puntos resonó en forma de agudos silbidos.

Aquellos guerreros, entusiastas por su sanguinario oficio, creyeron llegado el momento de ejercer su industria, y en un momento, el primer piquete de caballería que se presentó en escena se lanzó a la carrera, produciendo la perturbación, susurros, gritos y atropellos que son consiguientes en estos casos.

La alarma cuñó por todas las calles, cada cual procuró llegar a su casa lo más pronto posible, se cerraron las tiendas, y aquella ciudad en que momentos antes reinaba la alegría presentó rápidamente el aspecto de ciudad conquistada.

El que manda, no puede tolerar la concordia y la unanimidad en los mandados. No hay mayor peligro para lo que se llama más o menos impropriadamente orden social, instituciones seculares y tradiciones veneradas que esas aglomeraciones de hombres unidos en una idea, aunque sólo sea por el lazo de fugaz entusiasmo, porque esa unión forma una voluntad colectiva, y una voluntad que se constituye con la suma de todas las voluntades es como no ser potente capaz de arrasar en un momento una fortaleza, derrotar un fuerte y disciplinado ejército y profanar templos, derribar ídolos y profanar con sus ruinas la sangre de sus jofrañotes; basta, para que la unión produzca tan terribles efectos, que esa ser colectivo se halle poseído de la idea de venganza por una serie de largos y penosos sufrimientos y por la aspiración de justicia.

### JUSTO VIVES, Novela por ANSELMO LORENZO

La autoridad, originada en lo pasado, impone lo presente y mira siempre con prevención a lo porvenir.

Autoridad y libertad son dos términos antitéticos e irresolubles que la política, que presume ser la ciencia del gobierno, trata de sintetizar y resolver sin conseguirlo jamás, como lo prueban el confuso montón de constituciones y programas elaborados por los parlamentos y partidos de las naciones modernas de ambos continentes.

Un pensador moderno ha formulado este pensamiento en una frase gráfica, que pasará a la historia como una señal que formará etapa en la vía recorrida por la humanidad en su marcha progresiva: «sólo hay dos maneras de gobernar a los pueblos: por la fama y por la fuerza.»

La fuerza se declaró de turno el día 1º de mayo, y ante ella el pueblo, que comulgaba en la universal alegría, se sintió indignado al verse atropellado hábilmente por esa fuerza que se dice ser su defensa y garantía.

Esta indignación no se manifestó esta vez por un arranque violento que le impulsara a la resistencia, pero produjo ese sentimiento unánime de protesta que se condensa en la opinión pública y vale para la futura revolución más que el triunfo efímero de una revuelta popular; porque así como éste, cuando es prematuro, conduce a una dictadura y a una reacción, aquélla fortalece la conciencia, afirma el derecho y despoja de todo prestigio y por tanto de fuerza moral a la fuerza bruta.

Padrán algunos espíritus superficiales, y no faltaron en aquella ocasión, murmurar del valor de las muchedumbres, diciendo, como se dijo, que cuatro soldados y un cabo bastan para espantar al populacho; pero el sentimiento de la propia dignidad, distribuido por la naturaleza con justicia equitativa, sin tener para nada en cuenta categorías artificiales en que la sociedad se divide, se irguió potente contra la soberbia de los mandarines y de sus sayones, y cada hombre se separó con odio de la máquina autoritaria.

La población que se entregó a la alegría por la mañana, pasó